

mo por los convenios de Arroyo Zarco, parecía haber decretado el exterminio del partido liberal. Puede asegurarse que ya en este año quedaba establecida y predominando esa Escuela en el Estado, teniendo al Instituto, de donde era Jefe el licenciado Benito Juárez, como el Prometeo que esparcía su fuego tanto hacia los clubs secretos como á las columnas de algún valiente periódico, ó sobre los desfiladeros y encrucijadas donde la mano del despotismo no podía alcanzar á los guerrilleros. Podía decirse que se batía en todos los terrenos en que silbaba el látigo del tirano.

☞ «Tiempo es ya, dados los anteriores antecedentes y las circunstancias por que atravesamos, de poder apreciar la influencia que el Instituto de Oajaca, formando una escuela liberal, ha tenido en la marcha política del país.

☞ «De esta escuela salieron luego para sostener las libertades públicas contra la dictadura de Santa Anna, y después la Reforma y la autonomía nacional contra el obscurantismo, el retroceso y la traición, armando y conduciendo al pueblo á la defensa de sus derechos y dictando providencias de salvación de todo género, dos Presidentes : Benito Juárez y Porfirio Díaz; seis Ministros de Estado : Ignacio Mejía, Manuel Ruiz, Ignacio Mariscal, Manuel Dublán, Matías Romero, Justo Benítez y Manuel José Toro; ocho Diputados al Congreso Constituyente de 57, los cuales sostuvieron, ya en la tribuna ó en los campamentos militares, la obra que salió de sus manos; debiendo llamar la atención que desde la primera restauración constitucional verificada bajo el gobierno de Juárez contra Miramón y Zuloaga y continuada por el general Díaz desde la caída de Lerdo hasta la fecha, han corrido ya muchos años, en cuyo período nadie puede poner en duda la influencia ejercida por el elemento oajaqueño en la cosa pública. A propósito : sus afiliados ó representantes han ocupado y ocupan actualmente lugar distinguido en las Cámaras de la Unión, en las esferas judiciales, en las gubernaturas de los Estados, ó desempeñan otros puestos ó comisiones tanto civiles como militares en que se advierte ó se siente desde luego su acción.»

☞ ☞ ☞

☞ En el ambiente político del Instituto, Juárez, no podemos decir que transformó, sino que creó su criterio político. Y fué liberal. Su primer profesor el dominico Aparicio, Rector del Instituto, se hizo célebre en el público culto de la ciudad por un acto de valor. He aquí la anécdota; la tenemos de bonísima fuente : presidía Aparicio un acto escolar en su convento de Santo Domingo, y un novicio sufría el interrogatorio atormentador de un teólogo que logró desarmar y abrumar á su víctima con doctrinas aristotélicas parafraseadas nada menos que por el ángel de las Escuelas, por Tomás de Aquino; sin poderse contener, Aparicio tomó con vehemencia la defensa del novicio y en su lucha con el teólogo llegó á decir ante el estupefacto auditorio : «Santo Tomás me ganaría en santo, pero en saber no me gana». Pocos años antes, en las postrimerías del período colonial, un discípulo del gran emancipador yucateco Don Pablo Moreno, contestaba tam-

bién al obispo que lo atacaba : «Santo Tomás era tan hombre como usted y yo, y podía equivocarse». El que formulaba esta racionalísima proposición, con grave escándalo de los maestros seminaristas de Mérida, se llamaba Lorenzo de Zavala.

☞ ☞ ☞

☞ Pocos años después de su aparición en el Instituto, grave y mudo y arrimado á Méndez, á quien debía de oír con encanto porque probablemente desde entonces era muy sensible á la belleza literaria, facultad que conservó toda su vida, Juárez comenzó, por su singular aplicación, á obtener puestos en el grupo docente de la casa. Y ya en la clase de derecho público que regentaba el abogado Manero Embides sostenía, en el año de 29, tesis completas de derecho constitucional como ésta : «Los poderes constitucionales no deben mezclarse en sus funciones. Debe haber una fuerza que mantenga la independencia y el equilibrio de estos poderes. Esta fuerza debe residir en el tribunal de la opinión pública». Y luego otra sobre la conveniencia del sufragio directo. El estudiante, como tenía que ser, como sucedía entonces y ahora sucede, movía su espíritu en la región de la teoría pura; la confrontación con la realidad produciría no el despego de las ideas aprendidas en los libros sino el deseo ardiente de convertirlas en realidades, para lo cual urgía hacer UN PUEBLO. Ahora bien, por magna que la urgencia sea, UN PUEBLO no se hace, se va haciendo...

☞ El abogado en ciernes era ya un liberal, no sólo intelectual, sino cordial, apasionadamente. Porque todo era pasión en aquellos días. Las pasiones que en Juárez se conglomeraron para producir la pasión reformista densa y glacial como el bronce, fueron entonces las de muchos : el apego á la Federación; el odio á los españoles.

☞ La ascensión de Guerrero al poder, torcida y violentamente, fué la señal de una exacerbación de esas pasiones; eran dos modos de ser patriota : ser federalista y ser antiespañol eran el anverso y el reverso de una misma medalla : ser mejicano. No podemos juzgar bien de tal estado de ánimo; no es un estado de ánimo individual, es colectivo, y las colectividades caldeadas por aquel fuego se han deshecho, han desaparecido. Pero podemos analizar idealmente sus elementos. El federalismo fué una viva pasión, porque fué un celo; el influjo del Centro, en muchas partes, en Oajaca sobre todo, escondida tras de múltiples murellas de montañas, era nulo, era intermitente cuando más, y fuera de tono y arbitrario casi siempre; lo que provocaba, sorda ú ostensiblemente, una constante resistencia. Además, el indígena zapoteca ó mixteca tiene en la sangre el odio á todo lo que de la capital del imperio le iba, porque sólo le habían ido el despojo y la opresión. Si á esto se añade, ya lo indicamos, el miedo de las burocracias á compartir con cuantos de fuera viniesen la magra pitanza de los presupuestos locales, se comprenderá con qué ahinco el grupo político defendía la independencia provincial. Todos los actos de la vida pública de Juárez, hasta que la gran

revolución reformista subvirtió las doctrinas en que se fundaban nuestros hábitos políticos, denuncian su ardiente federalismo.

¶ Y era aquélla la época en que el temor de una segunda gran tentativa de España para reapoderarse de sus colonias enardecía las pasiones. No se podía ver claro y escudriñar los móviles de la política europea desde aquí; se sabía bien la existencia de una Santa Alianza, LA TRÍPLICE de entonces, resuelta á ayudar todo intento absolutista en los países cristianos; se entreveía el papel interesadamente favorable de Inglaterra hacia los países americanos con quienes se podían celebrar tratados de comercio bien favorables á la industria británica, lo que habría sido imposible con las colonias españolas; y se sabía que los Estados Unidos siempre procurarían impedir el reestablecimiento de gobiernos europeos en el suelo americano (doctrina Monroe). Pero todo ello se sentía lejano, vago, no era una coraza sino hasta nuestra línea de flotación; debajo estaba nuestra fragilidad frente al enorme poder de agresión de los europeos coligados.

¶ La hazaña de Tampico no probó la seguridad de nuestra final victoria, sino la persistencia de España en atacarnos y nuestro brío en defendernos. Quedaba el problema en pie cubriendo de sombra nuestro porvenir. La expulsión de los españoles intentada, realizada á medias y reiterada luego, correspondía á esta exasperación nerviosa de nuestra nacionalidad, de la que apenas íbamos adquiriendo el sentimiento íntimo, y que sólo después de la Intervención francesa fué un estado de conciencia adecuado á la realidad. Pero, además, era un medio cruelmente práctico de defensa; todo el mundo tenía la convicción de que debiendo desear los españoles aquí residentes la vuelta del estado colonial, era indeclinable que todos fuesen cómplices, espías, colaboradores futuros de NUESTRA ESCLAVITUD, como decían los periódicos; eran en suma el enemigo dentro de la plaza. De aquí, de este temor (el miedo es el peor de los alucinadores) fluía el odio ardiente de los unos, odio recalentado pero implacable, y la necesidad de fingir este odio en los más á riesgo de pasar por patriotas fríos, por malos mejicanos. Además, era seguro que siendo ellos, los españoles, quienes retenían la mayor parte de nuestra propiedad territorial, arrebatarla por medio de la confiscación era la mejor medida de defensa nacional. Y sería inútil figurarse que Juárez no participaba de este sentimiento, porque estaba, digámoslo así, sumergido en él; porque la sangre de la raza conquistada debió reencender hasta la incandescencia el rencor guardado en el rescoldo de los tiempos coloniales, el rencor hacia el español.

¶ Dicen que nunca se ha podido comprender á un oajaqueño sin un español á su lado; este dicho revela bien el concepto de sumisión mitad servil, mitad filial, doméstica en conjunto, que representaba las relaciones entre protegidos y protectores en aquella región antes dominada que conquistada. Pero si esto era cierto, y en la mayor parte de la Nueva España era cierto, no lo era menos que la sumisión del indígena rural, del indígena de la montaña era aparente. Sólo al cura, sólo al monje eran adictos los indios, por sacerdotes, no por españoles. En el fondo del alma de aquella raza fermentaba un odio incoercible por sus dominadores, por sus explotadores. Ese odio se manifestó cuando Morelos reco-

rió la provincia de Antequera trazando un surco gigantesco propicio á la simiente nueva, con su férreo arado de victoria y de muerte. Entonces los indios que habitaban cerca de aquel surco se levantaron y siguieron al Cura terrible, con el mismo delirante y sanguinario alborozo con que siguieron los meshicas al Cura Hidalgo. Entonces se vió que se daban cuenta clara de la opresión en que vivían, opresión patriarcal y sui GÉNERIS abundante en expoliación y en látigo, neutralizada por la compasión y el interés cristiano del amo á veces, y que se había tornado de tal modo hábito y manera de ser, que todos, oprimidos y opresores, no se daban cuenta de ello y tenían aquella iniquidad como un estado natural jamás remediable. Juárez debe de haber sido así; amigo individual de muchos españoles, odiador EN MASA DE LOS TIRANOS, como entonces se clamaba, que amenazaban de muerte á la Patria.



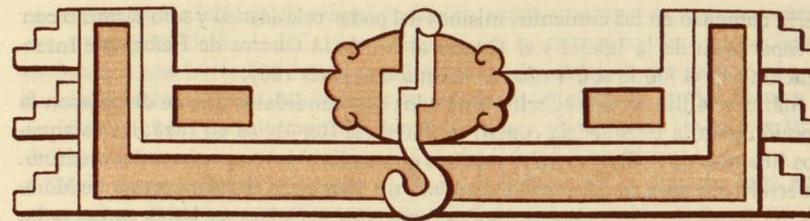
¶ Y de estos dos sentimientos resultó una convicción política, que se ve despuntar claramente en su primer certamen ó acto escolar de derecho público sustentado en el Instituto. Puede la tesis condensarse así : el Tribunal de la Opinión pública debe constituir una fuerza moral bastante á impedir que los poderes constitucionales rompan el equilibrio y la independencia que debe haber entre ellos, invadiendo uno las atribuciones ó las funciones de otro. La tesis, como se ve, era netamente liberal; un año después presentaba ante el profesorado de su escuela un estudio netamente democrático : la elección directa es la más conveniente en un sistema republicano; tal era la proposición, aunque la cortapisa dictada por la prudencia y la intuición de la realidad no dejaba de ser significativa : mientras mayor sea la ilustración del pueblo, decía, la elección directa será más necesaria, y con esto solo convertía, como lo es en puridad, el problema político en un problema pedagógico, de educación popular.

¶ Pero nótese la cadena entre el sentimiento federal (ningún poder invadirá á otro); vale decir : el Centro jamás atacará á los Estados sin gravísima transgresión del deber constitucional; y el sentimiento democrático : la opinión es el juez supremo.

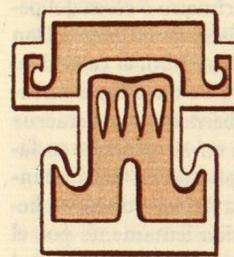
¶ Por esta época los libros liberales de derecho abundaban; se comenzaba á leer en francés, y las obras francesas de Constant y otros publicistas liberales eran el pan cotidiano de los amigos de Méndez. Un anciano oajaqueño, gran admirador de Juárez y algo discípulo suyo, aunque médico, me ha referido las recomendaciones expresivísimas, que le hizo el rector del Instituto, del entonces célebre libro de Don Tadeo Ortiz. Inferior como estilo y observación y pasión á los de Zavala, de Mora, de Alamán, la obra de Don Tadeo predica un liberalismo tolerante y sano, y trata generalmente con tino y cordura problemas que, aun ahora, no están resueltos del todo. No es un libro de historia como los otros, pero de ella echa mano cuando le viene en mientes; es un libro sobre la situación del país en nuestra primera década de pueblo independiente, y debió de ser una

fuerza viva para cuantos querían aprender cómo podrían aplicarse en nuestro país las doctrinas que recomendaban sus autores favoritos. Ortiz indicaba, no sé si con tanto acierto como cordial voluntad, las recetas de esta aplicación.

☛ El año de 30, Juárez era ya un liberal consciente; jamás dejó de serlo.



EL DISCÍPULO DE LOS EMANCIPADORES



DESDE aquí, desde nuestro tiempo se ve clara en la perspectiva histórica la escala de las tres grandes generaciones que HAN HECHO á Méjico, en el sentido, no sólo político, sino moral de la palabra, en el sentido de la conciencia. Es la primera generación la de los Insurgentes: comienza con el GRITO DE DOLORES y termina con la fundación de la República sobre el trono efímero de Iturbide, hecho pronto pedazos. La segunda es la generación de los Emancipadores, de los que tendieron á la emancipación de las almas, de aquellos que no sólo veían en la dominación española un régimen de dominación política, sino de compresión y opresión de las conciencias; que no creían que para ser libres bastaba no depender de los extraños, sino que precisaba depender solamente de sí mismo en materia de ideas y creencias; que no creían que la independencia estuviese consumada, mientras los espíritus, las conciencias no estuviesen también manumitidas. Éstos deseaban ardentísimamente la Reforma, porque era la Iglesia, con su poder inmenso sobre las almas, la que se oponía por la fuerza misma de su constitución á cuanto tendiera á disminuir su poder, no sólo moral, sino intelectual también; á cuanto mermara su imperio, que pretendía abarcar no sólo la conducta entera, sino la ciencia misma. Buscar los medios de reducir y debilitar la omnipotencia de la Iglesia era el programa fundamental de los emancipadores; no lo disimulaban; afrontaron las consecuencias de su actitud con inmenso valor civil. Desde el paso de la generación de Gómez Farías por el poder, el temblor de